

SECCIÓN DEDICADA Á LAS MADRES.

¡POBRES NIÑOS!

(Conclusión.)



POBRES pájaros, los que gemís en la esclavitud! Nosotros, es verdad que carecemos de todo: frío en el invierno; espanto en las tormentosas noches; abrasadora sed en el estío; hambre cuando las nieves y los hielos cubren las praderas; fatiga y cansancio para construir nuestros pobres nidos de pajas y de barro; pesadumbre al no poder llevar su ración á nuestros pequeñuelos; nosotros, es verdad que no sabemos con graciosos mohines descubrir los misterios del destino; pero en cambio sentimos dulce alegría cuando brilla la hermosa luz de las primaveras; tenemos enamorada pareja de nuestra vida que nos saluda con trinos de regocijo, siempre que la aurora extiende el fulgor de su manto por el alcázar del Oriente; nosotros poseemos ardientes esperanzas de felicidad, cuando los rayos de nuestro espléndido sol cambia en oro de brillantes reflejos las verdes espigas de los trigos; y siempre, siempre elevamos himnos de libertad, cánticos de amor en medio de rapidísimos giros de alegría, de torrentes de paz y de felicidad, que inundan nuestra existencia despreocupada, sencilla, humilde, tranquila, casta como el reflejo sublime de la naturaleza, nuestra amorosa madre!»

Si; así, de igual manera, los dirán esos niños desheredados á sus hermanos los poderosos, los prisioneros, los tristes, los oprimidos, los engalanados.

«Nosotros sufrimos hambre, sed, trabajos y dolores; pero tenemos alegría, voluntad, aire, luz, espacio, risas y entusiasmos; y tenemos la muerte; la muerte, entendida y hábil servidora de la naturaleza, que siega la planta débil y quebradiza, y respeta la firme y la robusta; la que para vosotros es fantasma aterrador, del cual os defienden enérgicamente la estudiosa ciencia y los vigilantes cuidados, logrando las más de las veces haceros sufrir una lenta agonía de cuarenta ó cincuenta años; esa misma muerte es para nosotros una sincera amiga, franca y leal, que no consiente el dolor, ni permite la enfermedad sino como excepción rarísima, y que nos arranca de la tierra si nuestro organismo se encuentra mal constituido para la lucha por la existencia; por ella, y gracias á su poder nivelador y de compensaciones, quedamos solamente los fuertes, los que después de pasar por todas las pruebas, entramos de lleno en los caminos de la vida, dando nuestro poderoso brazo á las leyes de la patria, para que lo arme en defensa de su honra ó de su independencia, regando con el sudor de nuestras tostadas y rugosos frentes los surcos del arado que más tarde será el manantial de rica semilla; llevando por las ásperas cumbres de la sierra la saltadora cabra ó la dulce oveja, que al rumiar los retoños de la jara y del tomillo llenará las ubres de abundante leche, licor cien veces estimado para la conservación de la vida del hombre; nosotros surcaremos los mares sobre frágiles tablas, llenando nuestras humildes redes con esos brillantes hijos del Océano, destinados bajo sus mantos de púrpura, de plata y de zafir, á repartir el generoso jugo del mar entre los débiles y los delientes: nosotros labraremos la piedra del alcázar; llenaremos de ricos artesones los techos del palacio; tallaremos en roble y fundiremos en bronce los blasones del poderoso, las armas del conquistador; tejemos la seda y el oro de sus trajes y preseas, y finalmente, ¿quién sabe si nuestro cerebro, invalido por la idea inspiradora del arte, arrancará del mármol su fría tosquedad, para convertirlo en animado sér! acaso trazaremos sobre el lienzo las arrogantes figuras de la historia, las delicadas escenas de la naturaleza; llenaremos el alma de los hombres de encanto celestial con notas exhaladas por nuestra voz ó arrancadas á un sonoro instrumento; y puede ser que á los impulsos del arte y del entusiasmo logremos penetrar en los alcázares de la ciencia, subiendo á las cimas de la sabiduría en pos del historiador, del matemático, del naturalista ó del filósofo!»

«Si; para nosotros, horizontes, porvenir, transiciones, promesas, nada tenemos y podemos esperar todo; para nosotros, movimiento, progreso entusiasta en medio de las caricias de la libertad; para nosotros la vida saludable, ó el reposo de la muerte... Para vosotros, el hastío, la enfermedad, el silencio, el quietismo, las pequeñas pasiones, los bienes perecederos, el frío escepticismo!...»

Todo ésto pudieran decir esos niños sucios y harapientos que se comen un pedazo de pan negro á la puerta de los palacios, de donde ven salir á esos pobres niños, herederos de la riqueza, de la molición, de la ignorancia y del vicio, por el funestísimo error en que estamos respecto á su educación física y moral.

¡Pobres niños que nadie compadece, al contrario, que todos envidian y que por lo mismo son más desvalidos, están más desamparados que esas otras criaturas entregadas á la miseria y á la caridad, para los cuales todos los labios tie-

nen una palabra de consuelo, todos los corazones un movimiento de ternura, todas las fortunas una moneda de cobre, y á cuyo bien se encaminan todos los estudios del moralista y del filósofo, preocupados en conseguir para ellos menos triste destino que aquel en el cual les arroja la sociedad! Estúdiense para ellos; lógrese su redención; que se les abran las puertas de la vida con más amor y más caridad que hasta el presente, justo y bello es hacerlo; pero no se olvide á sus desventurados hermanos que gimen en la opulencia, que sufren en la abundancia y que tienen un porvenir tan triste, tan sombrío, tan ajeno á los grandes y sublimes destinos del hombre. ¡Una palabra de misericordia y de lástima hácia esos prisioneros, ahorrados con las cadenas del oro en un mundo extraño, anómalo, repulsivo á sus instintos angelicales, libres, generosos y amantes!... Si; digamos tristemente al verlos: ¡Pobres niños!

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

EL COCHE.



CO con razón han de quejarse, si se quejan, las lectoras del presente artículo, puesto que, sin tener el gusto de conocerlas, tengo la incomprendible abnegación de ponerles coche en los calamitosos tiempos que atravesamos. Y como quiera que en boca del potentado cada majadería se convierte en una gracia; ó bien en un alarde de talento extraordinario, figúrense vds. si estará autorizado para decir cuanto se le antoje quien empieza por ofrecer el coche al que le lee.

¡El coche! Cuando veo esa pintada y reluciente caja, con cristales y almohadones, con escudo y portezuelas, montada sobre gallardas ruedas, tirada por bríosos corceles, guiada por hábil auriga acompañado del correspondiente lacayote tieso como un huso y relumbrante como un faro; cuando la veo deslizarse majestuosamente por las arenosas alamedas de un paseo, salpicando tal vez de inmundo lodo al pedestre paseante, tentaciones me dan de quitarme el sombrero, y tras el sombrero el cráneo, y tras el cráneo todo el cuerpo, para saludar con el debido acatamiento al que con tal ostentación supo elevarse sobre el nivel vulgar de los mortales.

No nos precipitemos, sin embargo, llamémos á juicio al coche; pesémos en la imparcial balanza del criterio, las ventajas y desventajas de ese vehículo tan lujoso como deseado.

Figura entre las primeras, desde luego, la ventaja de economizar el calzado; mas esa es una ventaja ilusoria, porque lo que no se gasta en botas ó en zapatos se gasta en herraduras y sirvientes, en cebada y atalajes.

Otra ventaja ofrecida por el coche es la comodidad de que á uno le traigan y le lleven á su autojo, con extraordinaria rapidez, aprovechando el tiempo, que, según los ingleses, es dinero; pero, á la larga, la salud se resiente de la falta de ejercicio, y si, más estudiosos, nos dedicáramos á muy curiosas investigaciones, halláramos que el coche ha matado á más de dos. Aparte de ésto, yome retiero al coche de lujo, y quien va en él reduce raras veces á moneda corriente el tiempo que *aprovecha*, si tal verbo puede usarse en un caso semejante. Resulta, pues, desventajosa ó ilusoria también esta ventaja.

Cómodo y ventajoso es, á no dudarlo, el ir en coche cuando llueve á cántaros, ó el mercurio termométrico, al descender, traspasa el cero; á pesar de ello, ni el frío y la lluvia se dan á todas horas, ni ocurre siempre la necesidad de salir á la calle cuando se dan, ni nos faltan otros medios de combatirlos con fortuna.

¿Será ventajoso tal vez el movimiento de ese vehículo arrastrado por un soberbio tronco? Todo lo contrario: al principio nos recrea, al fin acaba por cansar y marearnos; provoca, además, la precipitación de ciertas funciones orgánicas, precipitación que si no daña, molesta casi siempre.

Otra ventaja del coche consiste en embellecer el mundo á los ojos del que en aquel es conducido; el mundo, lo sé por experiencia, es mucho más bello para quien lo contempla á la altura de un metro ó dos sobre el nivel del suelo, que para quien lo mira desde el mismo suelo y confundido con la muchedumbre; no obstante, los ojos del cuerpo y, si se me permite la figura, los del alma, se acostumbran de tal suerte á todas las bellezas, que al cabo ya no las disfrutan, con lo cual queda también neutralizada esta ventaja ofrecida por el coche.

La verdadera, la indiscutible ventaja de tan ostentoso mueble, se encuentra